

MÁSTER LA POLÍTICA DE LAS MUJERES

Universidad de Barcelona

# Filosofía en la Aurora

El caminar profundo de la  
mística en el aula

Autora

Rosa Pérez Valdivielso

Tutora

María-Milagros Rivera Garretas

DUODA, Recerca de dones

2023

# ÍNDICE

1. Introducción.....	3
2. Sed de deseo .....	5
2.1. Un sentir compartido .....	6
3. Aurora: el nacer del misterio .....	8
3.1. El misterio de la vida: dar a luz .....	9
4. El camino de la mística.....	15
4.1. Cuando la razón ya no sirve: intellectus amoris .....	15
4.3. La relación amorosa: guía y maestra .....	20
4.4. Mística de lo cotidiano: filosofía de lo cotidiano.....	23
5. Bibliografía.....	26

## 1. Introducción

Este trabajo es la conclusión y el inicio de un viaje, un camino que he hecho andando cada mañana por las orillas del río que fluye cerca de casa acompañada por mi madre, en silencio o conversando. Un camino de vuelta al hogar materno para poder ver más allá y volver al saber del más acá, del sentir profundo. Este viaje comienza de forma trágica, sin deseo, sin placer. Sólo el tiempo y el amor me permitió volver a colocarme en el lugar del sentir, del misterio que se escondía en la huerta que mi madre cuida con esmero. En el cantar y el volar de los pájaros que habitan los árboles de nuestra casa. Descubrí el misterio en los pequeños detalles de la vida cotidiana, pequeñas palabras, gestos, que se muestran gigantes a aquellas que saben mirarlos desde otra perspectiva.

Según los criterios académicos la introducción ha de ser una presentación, un breve resumen de los contenidos que el trabajo contiene. Me gustaría, en cambio, invitaros a todas las que lo leáis a entrar en mi casa. Antes de entrar veréis un arco que anuncia la llegada a un paraíso: Villa Rosa. Al cruzar el umbral un camino de rosas nos conduce al jardín. Las rosas están dibujadas en el suelo con cantos que mi madre cogió del río, los colocó dibujando tres rosas: la tríada femenina, mi abuela, mi madre y yo. Ya estáis dentro, podéis admirar los rosales que inundan todo el jardín, su fragancia y su inmensa belleza. En mi casa hay misterio, el misterio de las rosas que se sumerge en sus profundidades, en sus entrañas infinitas. Es el misterio en el que nací, en el que me crié y al que he vuelto pasados los años.

Aquí en el jardín podréis sentir y recorrer este camino conmigo, un sendero que me lleva desde mis clases de filosofía en la universidad a una forma diferente de estar en el aula como profesora, desde mi ser mujer. Es un camino peculiar pues empieza y termina en el mismo lugar: la Aurora, el Nacimiento. Este andar se hace con los pies descalzos, acompañadas de una maestra. Puede ser la madre, una profesora o, en mi caso, las místicas. Ellas me han ayudado a realizar este recorrido, con su saber de las entrañas, con su conocimiento del sentido de nuestra existencia, me han permitido mirar el interior de las rosas sin intentar analizarlas, he aprendido a perderme en su infinita belleza, a reconocer que el saber está más allá del conocimiento teórico, que hay que buscarlo en la vida cotidiana, como las rosas de mi jardín.

Dice Antonietta Potente que “la mística forma parte de aquellas experiencias humanas caracterizadas por largos viajes interiores, recorridos de transformación e iniciáticas salidas de sí mismos, para encontrarse cercano al corazón del universo” (Potente, 2018, 17). Esto es lo que a mí me ha sucedido, mientras escribía, mientras leía, al caminar o estando sentada. Os invito ahora a que recorráis el camino conmigo para entender la filosofía desde otro lugar, un lugar donde el sentir sea fuente de sabiduría, donde lo imposible se haga posible, donde lo nuevo haga florecer nuevas realidades. Un camino iluminado por la primera luz de la Aurora, por el misterio de la vida.

## 2. Sed de deseo

*Y parece que la mayoría de la gente y de los pueblos, realmente no les interesa otra cosa que aprender a vivir.*

Antonietta Potente

Recuerdo decirles a mis alumnas y alumnos el primer día de clase que la filosofía no era algo abstracto, ideas sueltas, inmóviles, habitando en el mundo inteligible de Platón. Recuerdo decirles que la filosofía, según yo la entendía, está estrechamente relacionada con la vida. La filosofía nos enseña a vivir de una determinada manera, como dice María Zambrano, la filosofía es “un vivir al modo del ser de la inteligencia” (2021, 100).

No sé muy bien como había llegado a esa conclusión, era más bien un sentir, porque, ciertamente, mis profesores de la universidad no me habían enseñado a entender la filosofía de esa manera. Fue una tarde de mayo, Antonietta Potente estaba hablando de la amistad entre mujeres, yo escuchaba atenta cuando pronunció las siguientes palabras: “No tengas miedo de la tierra; la tierra no te hace daño, camina normal”<sup>1</sup>. No podía explicarlo, pero había encontrado mi punto de partida, el sentido de mi hacer filosófico, mi camino como profesora. Un torrente de emociones recorrió mi almacorporal<sup>2</sup>. Por fin lo entendía, la filosofía que yo había estudiado, la que me habían enseñado, no dejaba espacio a la vida, se alejaba de la tierra que había sido su hogar, con sus conceptos e ideas caminaba con grandes botas sobre la tierra temiendo ser dañada por su pura verdad. Tenía que descalzarme.

---

<sup>1</sup> Esta conferencia tuvo lugar en Barcelona en el trigésimo tercer Seminario de DUODA que llevaba el título de *El arte de las relaciones intraculturales entre mujeres. Amistad en contraste*. La ponencia de Antonietta Potente aparece recogida en el número 63 de la Revista d'Estudis Feministes de DUODA con el título: *Haber sido visitada. Amistades Intraculturales*.

<sup>2</sup> Antonietta Potente utiliza esta palabra para acabar con el dualismo del ser humano que los padres de la filosofía occidental habían impuesto a lo largo de la historia. De este modo, acaba con la separación, con la dualidad alma y cuerpo, en eterna disputa acerca de la supremacía de una u otro. Al hablar de almacorporal hablamos de la unión mística, del todo, de la infinitud que cada mujer y cada hombre traen consigo.

## 2.1. Un sentir compartido

Al llegar al aula me percaté de que mi deseo de una filosofía conectada con la vida encontraba correspondencia en la necesidad del alumnado de un conocimiento que les enseñase a vivir, a conocer el sentido de su existencia. Desconfiaban de la filosofía porque “no sirve para nada”, es decir, porque el pensamiento filosófico está separado del vivir de la experiencia y lo cotidiano (Potente, 2018).

La adolescencia es una etapa de búsqueda, de cambio y transformación. Nuestras alumnas y alumnos buscan sentido a una existencia de la que empiezan a sentirse protagonistas. Recorren los pasillos, se sientan en el aula con miles de preguntas recorriendo su ser: quién soy, cuál es mi papel, de dónde vengo, a dónde voy. Preguntas que la filosofía occidental es incapaz de contestar, sed que los grandes sistemas filosóficos no pueden saciar. La filosofía fracasa en su intento de dar sentido a la existencia pues, ya desde el inicio se colocó por encima de ésta, negando el origen: el nacimiento.

Este fracaso de la filosofía nos afecta especialmente a las mujeres, hay una pregunta que se repite constantemente en el aula: ¿Y las mujeres? Ellas se buscan, quieren saber de sí y de su genealogía, pero no encuentran respuesta en los libros<sup>3</sup>. Las definiciones de lo humano que en ellos encuentran han sido creadas por hombres, sin tenerlas en cuenta y, frente a este conocimiento, ellas están limitadas, sin voz. Por ello, tenemos que buscar nuestra medida, el sentido de nuestra existencia sexuada en femenino fuera de las medidas masculinas, de los libros de texto y los sistemas cerrados. Hay que abrir un espacio, dejar que la vida entre en el aula, permitir que el amor circule. Sólo aquí, en el ámbito de la vida misma, de la vida cotidiana puede darse la apertura al misterio, a ese más de la vida que la filosofía ha negado pero que, las mujeres, sentimos.

Ante esta crisis de la interioridad<sup>4</sup>, que se presenta a su vez como una posibilidad de transformación de lo real, Antonietta Potente propone una actitud sapiencial frente a la vida (Potente, 2018). Colocarnos en la vida reconociendo su más misterioso, percibiendo esa otra dimensión de la realidad donde puede pasar todo. Este momento de

---

<sup>3</sup> La referencia a mujeres en libros de texto, aunque está aumentando, continúa apareciendo en los márgenes, como notas a pie de página, simples curiosidades que, la mayoría de las veces son ignoradas.

<sup>4</sup> Esta crisis de la interioridad de la que habla Antonietta Potente se hace patente en la vida de nuestras alumnas y nuestros alumnos. Las redes sociales, el consumismo, centra el foco de atención en nuestra cara externa, lo importante es estar guapa y delgada, ir siempre a la última moda, dejando fuera lo esencial de la vida. Este mundo de la apariencia provoca grandes sufrimientos en el alumnado que necesita desesperadamente escuchar su voz interior, conocerse.

crisis educativa que estamos viviendo no puede solucionarse según los parámetros clásicos: burocratización y objetivación. El alumnado reclama saber de la experiencia y los gobiernos responden con clases de emprendimiento y economía. Frente a la objetivación y la burocracia, la creatividad y la imaginación se nos presentan como fuentes de transformación y cuidado de la realidad pues

En el sueño y en la imaginación <<hay espacio para lo invisible, para aquello que sigue afónico porque no ha sido reconocido o porque no ha sido nombrado. En este sentido el sueño llama a la vida, da a luz... y se convierte en praxis>>. (Potente, 2018, 74-75).

A través de la creatividad y la imaginación puede surgir lo nuevo, otra forma de cultivar la vida, de acercarnos a ella que nos permita descubrir su sentido y encontrar las palabras para nombrar nuestra existencia. Hacer espacio en la filosofía para lo otro, lo misterioso. Pero ¿cómo podemos hacerlo? Solo tenemos que mirar hacia atrás, recorrer nuestra genealogía para encontrarnos con aquellas que supieron tener una “actitud sapiencial frente a la vida”: las místicas. Ellas vieron ese más de la realidad, conocían su sentido pues vivían en ella abriéndose a lo desconocido. La mística es un recorrido de autoconocimiento, un camino de experiencia de nosotras mismas y de la realidad en la que vivimos (Potente, 2018). En estos caminos se desvela el misterio de la vida, de la propia y la compartida. Este ha de ser el camino de la educación entendida como ese espacio común, lugar de la vida cotidiana, donde está presente la diferencia sexual y cuyo objetivo es desvelar el misterio que cada persona trae consigo al nacer.

Así pues, frente a un conocimiento objetivo que nos separa de nosotras mismas, que nos aleja de nuestro origen con un lenguaje científico y un pensamiento que no nos nombra, rescatamos la mística como camino de vuelta al origen, como búsqueda del sentido de nuestra existencia que solo puede tener lugar en una conexión profunda con la vida. Pues, como señala Antonietta Potente: “La mística es la experiencia del caminar profundo de cada uno de nosotros, cuando nos sentimos humanos y divinos al mismo tiempo, así como <<cuidar el jardín>>” (2018, 21).

### 3. Aurora: el nacer del misterio

*La aparición de la Aurora unifica los sentires, transformándolos en sentido, trae el sentido.*

María Zambrano

En su libro *El placer femenino es clitórico* María-Milagros Rivera define la violencia hermenéutica como la “violencia con la que los mundos y culturas femeninas previas o contiguas al patriarcado han sido saqueadas por grupos guerreros inventores del contrato sexual” (2020, 45). Ella se centra en la violencia hermenéutica que sufrimos las mujeres cuando llegamos y permanecemos en la universidad. Pero ¿acaso la educación secundaria no se ha vuelto una universidad en miniatura? Cada vez existe más distancia entre el profesorado y el alumnado, encorsetados en criterios de evaluación y estándares de aprendizaje la vida se disuelve, el amor se queda fuera. Este robo del origen femenino del saber también afecta a la enseñanza secundaria. Es un robo que niega el nacimiento, un olvido del lugar primordial de la madre.

*En el principio era ella* titula Luce Irigaray a uno de sus libros. Ella, la Aurora, el “juego inicial de la vida” (Zambrano, 2021, 39). Aquí situamos las mujeres nuestro origen, el origen de la humanidad, la mujer que trae al mundo una criatura, la Aurora que hace surgir la luz de las tinieblas. La Aurora ha sido negada por el pensamiento filosófico occidental, negando así el origen femenino del saber y del mundo. Fue el Sol el que ocupó su lugar, pero no hacen falta grandes investigaciones para saber que antes del Sol está ella: la Aurora. Es un saber de la experiencia, revelación de la mañana que se presenta ante nosotras. Esta negación la podemos ver representada en el Mito de la Caverna de Platón, en él su autor nos muestra como el prisionero, una vez ha escapado de las ataduras que lo mantenían con la vista fija en la pared de la cueva sale al mundo. Al principio, la luz cegadora del Sol no le deja ver nada, no puede ver su origen, pero, gracias al esfuerzo que conlleva el pensamiento dialéctico consigue ver el Sol: la Idea de Bien. El prisionero ha sido engañado, en mitad de su ceguera ha habido una sustitución, el Sol se ha colocado a sí mismo como fuente de luz, fuente de vida y de pensamiento. Su presencia lo paraliza todo, destruye el movimiento propio de la aurora, el movimiento necesario para que tenga lugar el nacimiento. El mundo inteligible de Platón se caracteriza por su falta de movimiento, las ideas que lo habitan son eternas, inmutables, incorruptibles, universales y necesarias. De este modo, el Sol paraliza el movimiento vital que tiene lugar durante la

aurora. Este dar a luz de las tinieblas, el nacer de la vida y la sabiduría. El Sol se constituye a sí mismo como el origen de la luz, del saber, del pensamiento. La filosofía occidental, colocando al Sol como rey ha cometido un robo. El robo del origen femenino de la luz y de la vida ha paralizado el pensamiento que se queda encerrado en sí mismo, la razón dialéctica deja fuera el sentir profundo.

Este olvido intencionado del origen femenino del saber y de la vida es violencia hermenéutica. El Reino del Sol, que es el reino del poder, se convierte en un imperativo (Zambrano, 2021), nunca mira hacia atrás para ver su nacimiento, para encontrar a la madre que está en su origen. El Sol se olvida de que él también ha nacido de mujer, su madre es la Aurora. La filosofía ha ocultado el origen materno del pensamiento filosófico, al olvidar su origen, el nacer de mujer, la filosofía ha olvidado el misterio.

### **3.1. El misterio de la vida: dar a luz**

La aurora es el nacimiento del día, trae la luz cada mañana, haciéndola surgir de las tinieblas. La Aurora da a luz cada mañana, igual que una mujer cuando trae una criatura al mundo trae la vida. La aurora da luz, la mujer, al dar a luz, da vida. El misterio de la vida que una mujer guarda en sus entrañas se deja ver en el momento del nacimiento, lo sentimos. Sentimos ese más de la vida que no se puede atrapar, que escapa a los conceptos y a las sistematizaciones abstractas. Cuando la aurora aparece la razón enmudece, pues la luz no se deja explicar. La aurora inicia lo intacto, hace visible el misterio, da a luz sin mácula, igual que la Virgen María concibe sin coito: es el Misterio de la Inmaculada Concepción que tiene lugar cada mañana. En palabras de María Zambrano: “La virginal aurora, la pura encendida rosa, pare con dolor y humillación; es la virgen a la que no se permite concebir enteramente, y, sin embargo, da a luz, la luz misma que vemos” (2021, 163).

El nacimiento que es la aurora tiene lugar en un vacío del tiempo donde la vida surge libremente (Zambrano, 2021). En el origen no hay historia, hay vida, vida sin historia que puede fluir en libertad. El fluir de la vida necesita espacio, vacío que la deje pasar sin retenerla. María Zambrano, en su obra *De la aurora*, utiliza un bello símil para entender esta necesidad de vacío para la vida, habla del corazón, un órgano que tiene cavidades vacías que dejan pasar la sangre, la savia que recorre nuestro cuerpo. Del mismo modo, las casas que habitamos, la casa que nuestra madre cuida y prepara con

amor para que nosotras vivamos en ella tiene espacios vacíos que dejan al ser fluir en libertad. El vacío se presenta, así, como posibilidad de lo nuevo, espacio que deja abierto el deseo femenino y el sentido femenino de ser. Sin restricciones, sin sistematizaciones. Es esta clase de vacío el que encontramos en el nacimiento, en la aurora. Un vacío que acoge dejando ser, que permite el movimiento que ha sido negado en el Reino del Sol. Un vacío que deja espacio para las preguntas, pero no da respuestas, un claro del bosque que ante nuestra búsqueda da como respuesta la nada (Zambrano, 2019). Nada que no es historia sino vida, una nada que no niega la existencia, sino que la deja ser. Nada primera que nos muestra la unidad de la vida. Aquí la filosofía puede dar la mano al misterio.

Lo que propongo es que la educación vuelva la cabeza para mirar a la Aurora. Mirémosla, caminemos normal, por la tierra, sintiendo su verdad: el origen es ella, el nacimiento, la vida que surge de las entrañas de una mujer. Es ahí donde encontramos el misterio, la magia que la filosofía perdió por culpa de la violencia hermenéutica. Miremos la aurora para encontrar nuestro lugar en el universo, para entender el sentido de nuestra existencia. Pues, solo cuando volvemos la mirada hacia el origen del ser y de la vida, la madre que está al principio, podemos encontrar nuestro lugar en el mundo. Ella es la única que puede enseñarnos un saber conectado con la vida y con la experiencia, la madre es la primera maestra, maestra del amor y de la vida. No enseña conceptos, no enseña sistemas, no da clases de economía ni emprendimiento. La madre nos enseña la vida, sin historia. La madre nos guía en nuestro camino de autoconocimiento, nos acompaña mientras aprendemos a caminar, un pie tras otro, descalzas, por casa, dejando fluir el ser, la existencia.

De este modo, la Aurora y la luz que trae con su presencia surgen como el camino de autoconocimiento que es la mística. Un camino que trazamos con la mirada volviendo al origen, miramos el nacimiento y nos reconocemos formando parte de ese origen. Pues es allá, en ese vacío, en la nada, en la vida que surge de las entrañas de una madre donde aparece el sentir originario. De entraña a entraña, de madre a hija, de mujer a mujer, ese sentir surge cada mañana en sintonía con la Aurora que lo hace ser. Ese sentir nos permite recorrer el camino de conocimiento de nosotras mismas, reconocer el misterio que hay en la vida, en la nuestra y en la compartida. Pues el misterio no se deja atrapar por las garras de la razón, escapa y se esconde en la luz de la Aurora, en la criatura que acaba de nacer.

### **3.2. Cada mañana, la llegada de lo nuevo**

El nacimiento es el venir a la vida de lo nuevo, la llegada de la Aurora es un momento de libertad donde todo es posible. El vacío que tiene lugar en el origen permite que la realidad se muestre en todas sus posibilidades, incluso aquellas que nos parecen imposibles. La posibilidad o imposibilidad de la realidad se define en función de los códigos que han sido establecidos y a los que damos valor. Pero, si dejamos que surja lo nuevo, si volvemos la mirada al nacimiento la imposibilidad se vuelve posibilidad, la realidad se nos muestra en su esencia más pura, la vida nos desvela su misterioso sentido. Si, al enseñar filosofía abrimos el camino de vuelta al origen, si colocamos a la madre y su aurora en primer lugar, hacemos sitio a la magia, a lo imposible.

A esta práctica Luisa Muraro le ha llamado “contingencia de Dios”, una práctica que diluye la totalidad y la estabilidad de todo lo real dejando que surja lo inestable de lo real (Muraro, 2006). Las mujeres que escribían teología en lengua materna conocían bien esta práctica, colocaban a Dios en el origen de su saber y del saber de la existencia para poder decir lo indecible. Así, para las místicas, Dios era la experiencia del haber sido visitada y tocada por lo inaudito, abriéndose a su posibilidad (Muraro, 2006). Este contacto con lo inaudito, con lo otro de la realidad que la filosofía occidental ha dejado fuera sólo puede darse gracias a la apertura a lo otro que nuestras madres nos dan. En el nacimiento, en el pasaje del vientre materno al mundo exterior, nos impregnamos de misterio, lo otro queda anclado en nuestro ser. Conocemos el misterio porque somos parte de él, hemos nacido de mujer y vemos la aurora cada mañana.

Ante la negación del misterio nos quedamos mudas, el conocimiento científico nos oprime, la razón discursiva nos arrastra. Por ello Dios es para las místicas el principio de su vida y de su hablar, el contacto con la divinidad, con el más de la realidad, con lo inaudito, lo imposible que las autoriza a tomar la palabra y les da libertad en la búsqueda de sentido de su existencia (Muraro, 2006). En la experiencia mística encontramos un camino de significación del ser, un camino en el que se encuentran nuestras alumnas: buscando el significado de su experiencia que no encuentran en los manuales de filosofía. En la vuelta al origen de nuestro saber, recorriendo nuestra genealogía femenina en la que fuimos puestas por nuestra madre nos encontramos a las místicas y, con ellas, palabras y experiencias libres de patriarcado, de órdenes opresivos. Ellas, encontraron en Dios la posibilidad del surgimiento de lo otro, lo nuevo.

Yo no creo en Dios, así que me sería imposible recurrir a él en mis clases para hacer surgir lo nuevo. Creo en el misterio, el misterio de la vida que surge en una mujer y viene al mundo de ella; creo en el misterio de la naturaleza que hace surgir la luz cada mañana en su aurora. Lo creo porque lo siento en mis entrañas, porque mi cuerpo encarna el misterio de la vida que hace posible el surgimiento de lo nuevo. Al nacer, cada criatura humana trae consigo algo nuevo, lo singular de su ser (Rivera, 2012). Esta abertura a la posibilidad de lo otro, esta singularidad de cada criatura que viene al mundo la lleva al aula con su presencia. No necesito a Dios porque cada una de mis alumnas y de mis alumnos trae lo nuevo a clase, la posibilidad del surgimiento de lo otro que fue entregada por sus madres al nacer. Mi presencia en el aula tiene que ser como la aurora que nos despierta cada mañana, un vacío, una suspensión del pensamiento, de lo aprendido, quedarme abierta, esperando que lo otro se haga presente. Colocar el misterio como guía en mi camino, atendiendo lo singular de cada alumna y alumno. Pues, la vida de las mujeres consiste en la atención a lo singular de cada criatura, a lo que se mueve y no se deja objetivar (Rivera, 2012).

Mi ser mujer en el aula, mi estar en presencia teniendo en cuenta mi diferencia sexual se traduce en un ir más allá. Más allá de los libros y las notas, más allá de las posibilidades definidas, más allá de la realidad objetivada, más allá de la historia, hasta alcanzar el misterio, colocarme en el origen, en el misterio de la vida, en el nacer de mujer que es vacío y nada, posibilidad de libertad. Ir más allá para volver al más acá del sentir profundo. Dice María Zambrano que

La mujer parece vivir identificándose con la realidad más misteriosa y reacia a ser declarada por el logos en cualquiera de sus formas. Vida misteriosa de las entrañas, que se consume sin alcanzar la objetividad [...]. La vida de la mujer es la vida del alma (Zambrano, 1945, 79-80).

Esta vida del alma es la vida del misterio, de lo que no puede aprehenderse, aunque sí puede sentirse. Se siente en las entrañas, por eso las mujeres conocemos el misterio, porque lo llevamos dentro. El mayor misterio, el misterio de la vida surge en nuestra matriz, de la nada, la vida. ¿Cómo? No lo podemos decir, es un sentir profundo, escapa a la palabra. Es un balbuceo, al modo que la aurora es un balbuceo de luz. Un balbuceo es “ese <<no se qué>> que se queda flotando” (Zambrano, 2021, 120), aquello que no dice

nada por la insuficiencia de la palabra o lo que dice todo por la inmensidad del amor (Zambrano, 2021)<sup>5</sup>.

### 3.3. Trascender en el amor

No hay nacimiento sin amor, traer al mundo una criatura es un acto de amor, el mayor acto de amor que pueda concebirse, “la creación es un acto de amor, y es perpetua” (Weil, 2023, 109). Ese amor que nos ha sido dado por nuestra madre al nacer, trasciende nuestro propio ser, es amor que la mujer trae al mundo. Del mismo modo, la aurora trae la luz cada mañana, trascendiendo ese instante, trascendiéndose a sí misma, es luz que viene al mundo. El amor y la trascendencia van de la mano, lo sabe quién ha estado enamorada. Cuando amo voy más allá de mi ser, más allá de la persona amada, a una nada en la que no me falta nada (Porete, 2015). Acompañada de Dama Amor, “vivo sin vivir en mí”, como Teresa de Ávila, me trasciendo, salgo de mi misma para vivir dentro de la vida donde ésta tiene su sentir originario (Potente, 2018).

Tampoco hay educación sin amor, aunque en las instituciones educativas parezca estar ausente. No hay amor porque no hay atención a lo singular que trae cada criatura al aula, no hay relación amorosa que permita la trascendencia del ser. Existen formularios en los que se cuantifican las competencias del alumnado, su singularidad desaparece, pasan a ser números, la vida, su vida, queda fuera, no se tiene en cuenta. La igualdad no tiene en cuenta la diferencia intrínseca de cada ser humano, de cada alumna, de cada alumno que busca su propio camino de autoconocimiento. Intenta que todas y todos pasen por el mismo molde, encajen, sin importar su contexto o circunstancias. La falta de amor es el triunfo de la violencia hermenéutica también en la educación secundaria.

Pero, si volvemos la mirada hacia el nacimiento, como he propuesto, si la aurora nos acompaña en el aula podemos restaurar en la educación la trascendencia y la potencia significativa del amor (Rivera, 2012). Cuando voy al aula desde el amor hago aparecer la ocasión de la trascendencia entendida como la posibilidad de ir más allá del ser actual, el mío y el de mi alumnado (Rivera, 2012). Me coloco en el lugar de la madre, traigo su presencia a clase, pues solo en la relación materna la criatura aprende quién es y la

---

<sup>5</sup> El origen etimológico de la palabra mística lo encontramos en la raíz indoeuropea \*mu- que significa murmullo, sonido hecho con los labios cerrados. Tanto el murmullo como el balbuceo son sonidos inarticulados, susurros, misterios que no se pueden esclarecer.

posibilidad de ir más allá. En la relación con la madre, en el amor que ésta trae consigo hay una apertura a lo otro, lo inaudito puede surgir, la realidad se despliega en todas sus posibilidades. Este trascender en el amor es un trascender hacia abajo<sup>6</sup> (Potente, 2018), hacia el sentir originario, hacia las profundidades donde podemos caminar normal, un caminar profundo como la experiencia mística.

El amor, para Simone Weil, es la razón de existir del mundo, el amor hace posible el ser y toda forma de existencia (Weil, 2023). Cuando una madre da a luz “[...] el Alma es revestida por ese <<más>>, nutrida y transformada por ese <<más>>, por el amor de ese <<más>> (Porete, 2015, 90). Ese más del que habla Margarita Porete es el don que nos es dado por nuestra madre al nacer, es un regalo, el regalo de la vida y de la lengua, una gracia dada por amor que no espera ser recompensada (Sartori, 2002). Por ello, la relación con la madre es una relación de alteridad, en la experiencia del amor de la que hablan las místicas siempre hay una carencia al inicio (Muraro, 2006). Una carencia que hace referencia a esa deuda, a ese vacío que nace en el inicio de nuestras vidas. Esta carencia, este vacío permite que el amor siga fluyendo, como en el corazón, como en la casa materna. La experiencia del amor necesita del vacío que tiene lugar a la llegada de la aurora, ese vacío que separa a la madre de su hija, para dejar que la relación siga fluyendo.

Así pues, la experiencia del amor es la experiencia de la educación. Dice Antonietta Potente en *Como el pez que está en el mar* que la experiencia del Amor es la experiencia de la presencia y la ausencia que nos hace percibir el misterio, la Lejoscerca de Margarita Porete. La presencia y la ausencia de la madre en la relación educativa, ella está presente cuando la profesora se coloca en su lugar, el lugar del nacimiento, de la Aurora. Y está ausente, se diluye en la relación de alteridad que ella ha creado permitiendo que su criatura siga fluyendo por el camino del autoconocimiento. Un camino que ella ha regado con amor, un camino que deja abierto el más, la relación con lo otro, permitiendo, de este modo, que lo invisible salga a la luz. Aquello que la realidad guarda en sus entrañas esperando ser visto a través de la experiencia de amor. Lo invisible como esperanza y posibilidad de transformación de la vida (Potente, 2018).

---

<sup>6</sup> El trascender hacia abajo es una vuelta a las entrañas, al más del misterio. Es una forma de trascendencia diferente al “trascender hacia arriba” típico de los sistemas filosóficos que se alejan del origen del saber, de la tierra, de la matriz, como es el caso del mundo de las Ideas platónico. La trascendencia siempre aparece como un más que se aleja de la vida, huye de su movimiento, para colocarse en un absoluto incorruptible.

## 4. El camino de la mística

*El discernimiento es necesario en todas las cosas excepto en amor*

Margarita Porete

Pero ¿cómo llevar todas estas ideas a la práctica? ¿Cómo hacer para estar presente en el aula desde el sentir profundo? ¿Cómo puedo llevar conmigo la mística en mis clases de filosofía? Cada una encontrará su modo, su forma de estar presente teniendo en cuenta la diferencia sexual femenina. El sentir me lleva a centrarme en tres ideas, rescatando lo aprendido de las místicas que forman parte de mi genealogía. En primer lugar, el “entendimiento de Amor divino” (Porete, 2015, 48) del *Espejo de las almas simples*. Un entendimiento que me permite descubrir el misterio que encierra el volar de los pájaros. Un entendimiento abandonado en la educación reglada, pero necesario en nuestro camino de autoconocimiento. En segundo lugar, la importancia de la lengua materna como camino de transmisión del saber desde el Amor que permite una comunicación significativa como he podido comprobar en mi experiencia docente. Y, finalmente, en tercer lugar, el papel de la profesora como mediación viviente entre la realidad, los conocimientos y el alumnado. Una forma diferente de relacionarnos en el aula dando lugar a transformaciones profundas en nuestra realidad y nuestro ser.

### 4.1. Cuando la razón ya no sirve: intellectus amoris

La razón ha sido cómplice en el robo que el Sol cometió, confabuló para colocarse a sí misma como única llave de acceso a la verdad que el Sol guardaba. Por eso, la razón dialéctica, la razón discursiva, la razón propia de los sistemas filosóficos a las mujeres no nos sirve. No solo a nosotras, se ha demostrado inútil para hacer que tanto hombres como mujeres conozcan una pequeña parte del sentido de su existencia. No hay conocer sin amor, no hay entendimiento sin sorpresa, sin profundidad. Sin aurora no hay sabiduría.

Lo primero que se enseña en clase de filosofía es la etimología de la palabra. La palabra “filosofía” proviene de las raíces griegas *philos*, amante, y *sophia*, sabiduría, ciencia. Así pues, la filósofa es aquella que ama la sabiduría. A mi esta definición siempre me gustó. Nunca he sabido explicar muy bien por qué estudié filosofía. Recuerdo que una vez nos lo preguntaron en clase y casi todos mis compañeros y mis compañeras habían

ido a la universidad a estudiar filosofía porque un profesor del instituto les había cautivado. A mí no me gustaba mi profesor del instituto, me gustaba su materia, pero él no. Así que ese no fue mi motivo. Llegaba mi turno para hablar y no sabía que decir. ¿Por qué había estudiado filosofía? Entonces, como en un impulso lo dije: por mi madre. No llegué a esa conclusión razonando, fue algo que me salió de las entrañas. Mi madre no estudió filosofía, pero ama la sabiduría y me enseñó a amarla. Me dio libros, me llevó a exposiciones, me enseñó el placer de la música. Hoy en día me enseña a cuidar el jardín y a admirar el canto de los pájaros. Mi madre me enseñó a amar la sabiduría como “sencillez y transparencia de la vida misma” (Potente, 2018, 56). Un saber que no tiene que ver con los números, los sistemas lógicos, las fechas o los análisis sintácticos. Un saber que surge de la sorpresa ante la belleza de la vida, ante su misterio y su profundidad.

Para alcanzar esta sabiduría no hacen falta tardes eternas de estudio en la biblioteca, eso sirve para aprobar. Para ser sabia, para amar la vida en todas sus posibilidades, dejándose sorprender necesitamos “Inteligencia de Amor”<sup>7</sup>. Una inteligencia que solo surge en la cercanía con la relación materna, porque la recibimos como un don de nuestra madre (Muraro, 2006). Si nos alejamos, se pierde, la razón dialéctica toma las riendas y el amor se desvanece. La razón propia de la filosofía nos aleja del nacimiento, de la aurora, impide el libre movimiento del ser, como decía Margarita Porete, con gran sabiduría: “Pues mientras os tuve, dama Razón, no pude gozar de la libertad de mi herencia y de lo que era y es mío; pero ahora puedo tenerlo libremente, porque de amor os he herido de muerte” (Porete, 2015, 127). Ella sabía que la razón dialéctica no nos sirve a las mujeres que, con ella, renunciamos a lo que nos es propio: el misterio. Si queremos volver a él, descubrir la magia en la filosofía, hay que traer la aurora al aula.

La inteligencia de amor que salva a Margarita Porete de las garras de dama Razón es conocimiento de la realidad a través de amor. Conocemos la realidad y a nosotras mismas gracias al don del Amor que nos es dado por nuestra madre al nacer. Esta inteligencia nos es dada por Amor, es una acción pasiva, un dejarse imprimir por el amor de una madre (Zambrano, 2019). La inteligencia es un acto de la sensibilidad que tiene lugar en la apertura a lo otro, a lo desconocido, a lo invisible, lo imposible. Sólo desde

---

<sup>7</sup> Margarita Porete habla de la inteligencia de Amor en su obra *Espejo de las almas simples*. Es una inteligencia que no sigue los mandatos de la razón, escapa a las normas lógicas del pensar, permitiendo un acercamiento a la divinidad. Ella lo llama “entendimiento de Amor divino” que pertenece al alma anonadada una vez que ésta ha escapado de las garras de la razón.

aquí, desde la inteligencia de amor podemos “despertar naciendo” como señala María Zambrano. La aurora nos despierta con el nacimiento de un nuevo día, la apertura a nuevas posibilidades, lo singular que trae consigo una criatura, podemos ascender, conocer, trascender, siempre y cuando mantengamos la relación con el “lugar de la vida”, la madre (Zambrano, 2019). Sólo aquí, en el nacimiento de la luz, de la sabiduría nos encontramos con el amor y con la presencia de la verdad. Una verdad que se muestra cuando nuestra madre nos enseña a nombrar el mundo en lengua materna. Una verdad que sentimos en lo más profundo de nuestro ser, se revuelve en las entrañas y no podemos negarla. Cuando nuestra madre habla descubrimos la verdad, sabemos que no nos miente cuando dice que la mesa es mesa. Esta verdad causa temor porque sentimos su fuerza, no podemos negarla. *En el principio era ella*. Para huir de su invulnerabilidad la historia de la filosofía occidental se ha afanado en la construcción de sistemas racionales que le ayuden a escapar. Pregunta y sigue preguntando. No alcanza su objetivo. Las preguntas se repiten, las respuestas cambian, pero ninguna satisface. Al huir de la verdad sentida, la filosofía ha huido de la verdad. Sin misterio, sin nacimiento, sin aurora, la verdad no aparece. “[...] Nadie puede alcanzar profundos cimientos ni altos edificios si no es a través de la sutilidad de un gran sentido natural y la transparencia de la luz del Entendimiento de Espíritu [...]” (Porete, 2015, 53). No podemos hacer filosofía, en su última esencia, a la manera de mi madre, sin atención al misterio.

#### **4.2. La lengua del amor**

Antonietta Potente habla de la lengua de los pájaros como la lengua del alma, una evocación del misterio que no describe conceptos (Potente, 2018). Yo conozco la lengua de los pájaros, no lo sabía, pero lo conozco, mi madre me lo enseñó. Me enseñó a apreciar la belleza de su canto, a buscarlos entre las hojas de los árboles, seguir su dulce voz para poder atisbar su belleza. Son muchas sus lenguas, cada una anuncia un misterio. El mirlo, anuncia cada madrugada la llegada de la aurora. Y canta junto a ella, festeja el nacimiento de la luz. Las lenguas de los pájaros

nos inician en el amor, a la vida y a sus más significativas formas, como si el amor no existiese sin estos delicados conocimientos que tenemos a nuestro alrededor, donde cada una de las células, cada respiro, lágrima, sonido, perfume, revela algo

de esta gran Eterna Deidad, donde se llega pasando también por el reconocimiento de todos estos y de otros elementos (Potente, 2018, 76).

La lengua de los pájaros es la lengua de la mística, de la teología en lengua materna. Una lengua del sentir, del sentido de la vida y su esencia. Sólo esta lengua que nos enseña nuestra madre desde el amor tiene contacto con la experiencia. La lengua materna despierta lo inédito, lo invisible de la realidad que ha sido ocultado por lenguajes científicos. La lengua materna despierta lo imposible, hace aparecer la luz del día y nos empuja a seguir buscando. Siguiéndola recorreremos el camino de vuelta al origen, al amor primero de nuestra madre, nos devuelve al lugar del sentir, del nacimiento.

Esta conexión con el sentir originario que tiene lugar cuando hablamos en lengua materna se hace imprescindible a la hora de dar clase. No me había percatado de su importancia hasta que sucedió algo en el aula. Había llegado a ese instituto para hacer una pequeña sustitución, una semana más o menos, y me tocaba explicar Descartes en Historia de la Filosofía. Hice un recorrido por todo su pensamiento, siguiendo las indicaciones de la profesora a la que sustituía, todo era normal. Pero, el último día, cuando me despedía de ellas y ellos me dijeron: “Profe, gracias por hablar normal, por utilizar palabras normales, ha sido muy fácil entenderte”. Al momento no lo comprendí, me quedé pensando en su agradecimiento. Siempre hablaba “normal”, en clase o fuera, mis palabras eran las mismas. ¿Qué había que agradecer? Enseguida comprendí. Me agradecían que utilizase la lengua materna para explicar filosofía, agradecían que no me enredase en conceptos abstractos y deducciones lógicas imposibles. Agradecían que conectase mis palabras con la realidad en la que ellas y ellos vivían. Fue así como, algo que hacía de manera inconsciente, se ha convertido en mi forma de comunicar en el aula: en lengua materna. Pues me permite conectar con el sentir de mi alumnado, decirles algo sobre la experiencia de la vida, permitir que esos saberes los integren en su ser y les ayuden en el camino de autoconocimiento que han emprendido.

Pero, no sólo eso. La teología en lengua materna, la escritura de las místicas, nos descubre también una práctica que se asoma a lo otro y le hace sitio (Muraro, 2006). La lengua materna permite hablar de lo otro porque es constitutivo de su ser. Nace en una relación de alteridad, madre e hija. La lengua materna está en conexión profunda con el misterio, con el más de la realidad que trae consigo el amor de una madre. Por eso, la lengua materna nos permite hacer preguntas verdaderas, como se las hacían las místicas. Preguntas cuya respuesta no depende de nada que yo tengo, sino que requiere de la

existencia de otra cosa (Muraro, 2006). Preguntas que escapan al preguntar de la razón dialéctica, pues su respuesta no es un conocimiento acumulable, está en constante transformación. La lengua materna permite que en clase surjan preguntas desde las entrañas, desde la curiosidad originaria, desde el sentimiento de pertenencia a la vida y a su devenir. La lengua materna, en definitiva, nos permite preguntarnos sobre el sentido de nuestra existencia.

La lengua del sentir que nos enseñaron nuestras madres tiene el don de significarlo todo, sin exclusión de lo otro, lo que no encuentra lugar en los lenguajes académicos. La lengua materna puede decirlo todo pues está conectada con el sentir, nos enseña que “hay en este mundo un real que no es enteramente de este mundo” (Muraro, 2006, 106). Es decir, la lengua materna permite que tenga lugar la “contingencia de Dios”, en ella las palabras actúan como recordatorios de lo indecible (Muraro, 2006). La palabra pertenece a la Aurora, dice María Zambrano, está antes del lenguaje, antes que el Sol, es primera en el orden de la creación, como el nacimiento. Por eso está conectada con el misterio, la palabra en lengua materna pertenece a las cosas del ser. Las cosas que son en este mundo, que son una con la vida, la palabra en lengua materna tiene cuerpo (Zambrano, 2021). Es el misterio de la Encarnación, el verbo se hace carne en el cuerpo de María. La palabra se encarna cuando una mujer pone en palabras lo que ha vivido, hay fusión de la materia con el espíritu a través de amor (Rivera, 2012). La palabra de la aurora unifica el ser con el sentir, pone en relación la experiencia con el saber.

Caminar por los caminos del misterio, este caminar profundo que es la mística tiene lugar cuando ponemos en práctica la “lengua viva”. Cuando desechamos los lenguajes opresivos de la violencia hermenéutica y buscamos libremente nuevas combinaciones de palabras que nos permitan continuar en esta búsqueda de nosotras mismas. Solo aquí, en la lengua materna, en la lengua viva encontramos lo que Luisa Muraro llama “verdad poética”. Una verdad que elimina los lazos establecidos por el lenguaje patriarcal a las palabras permitiendo que éstas se refieran al mundo más allá de los límites impuestos. Una verdad que acepta que no lo sabe todo, que no lo conoce todo, porque hay algo que se nos escapa, hay un indecible que sólo el amor con su trascendencia puede expresar. Es, en la lengua materna, donde encontramos la “matriz del saber” (Muraro, 2006, 153), la matriz de nuestro sabernos mujeres.

### 4.3. La relación amorosa: guía y maestra

La lengua la aprendemos en relación con la madre. Del mismo modo, aprendemos que somos dignos de amor, la relación materna nos enseña a amar. El amor es la puerta de entrada al camino de la mística, por ello debemos restablecer en el aula la relación con la madre con nuestra presencia. Sólo a través de este tipo de relación amorosa, la primera, la originaria, podemos despertar lo posible en lo real. A esta práctica le llama Luisa Muraro “mediación viviente” (Muraro, 2006). Ella la descubre en la vida de las místicas, en su forma de estar en el mundo que habitaban, señala:

Ellas hacen algo tremendamente simple, que consiste en estar ahí en primera persona, sintiendo y pensando, desplazando lo ya pensado, lo ya establecido, lo ya juzgado, o sea todo lo que da consistencia al mundo, una consistencia pétrea. Y enseñan la fecundidad de estar ahí. (Muraro, 2006, 192)

Esta forma de estar en el mundo que habitamos saca a la luz la inestabilidad de la realidad histórica, permite que tenga lugar la llamada “contingencia de Dios” abriendo el camino del misterio, permitiendo a la aurora embujarnos cada mañana.

La práctica del estar ahí que nos enseñaron las místicas no puede separarse de la diferencia femenina, es un estar ahí como mujeres en el mundo. En cualquier lugar, independientemente del momento. Estar ahí llevando con nosotras nuestra diferencia de ser mujeres, para hacer que surja lo nuevo, la aurora. Esta práctica es llevada a la educación por María-Milagros Rivera en su libro *El amor es el signo* donde nos insta a “estar en el aula en femenino” (2012, 28). Esta forma de estar en la educación trae consigo una vuelta al origen femenino del conocimiento, deshacer los caminos andados por la filosofía occidental para reencontrarnos con la aurora, el anuncio del misterio. Cuando estamos en el aula en femenino nos relacionamos con los contenidos y el alumnado desde nuestra experiencia viva en el mundo que procede del orden simbólico de nuestra genealogía femenina (Rivera, 2012). De este modo, tiene lugar una relación de reconocimiento con el origen femenino del saber y con las alumnas como fuente de conocimiento haciendo posible una transmisión de conocimientos en la que pueda, a la vez, transformar la realidad.

Es decir, la clave del estar ahí es la relación, una relación en la que la profesora se coloca en el lugar de la madre, haciendo mediación viviente entre los conocimientos impartidos y el alumnado. Y esta es una forma de estar ahí propia de las mujeres, pues la

relación forma parte de nuestro ser, llevamos en nuestro cuerpo la capacidad de ser dos (Rivera, 2012). Así, para caminar el sendero de la mística en el aula debemos poner atención a las relaciones pues, como señala Antonietta Potente, las relaciones son exigencias profundas del alma que se desarrollan en las situaciones más cotidianas de la vida (Potente, 2018). Solo hay que recorrer los pasillos de un instituto para darse cuenta de la necesidad de relación que tienen las adolescentes y los adolescentes, relaciones profundas y significativas que les ayuden y acompañen en el camino de autoconocimiento que están comenzando. Un instituto es un espacio de relaciones y la educación sólo puede darse en relación.

En la práctica de la relación que realizamos desde nuestro estar presente en el aula en femenino tiene lugar un intercambio que se condensa en palabras que hacen simbólico (Rivera, 2012). El simbólico es un horizonte que nos orienta cuando nos interpretamos e interpretamos el mundo, nuestro simbólico femenino es la aurora. Por ello, en esta relación creadora de simbólico puede tener lugar el camino de la mística, el camino de aprendizaje de nosotras mismas y del mundo que habitamos donde encontramos una verdad que nos ayuda a aprender a vivir siendo fieles a nuestro ser mujer. De este modo, educamos en relación, estando presentes en el aula en femenino, haciéndonos mediación viviente entre nuestra genealogía y las alumnas. Este educar en relación tiene, para María-Milagros Rivera tres puntos clave<sup>8</sup>. En primer lugar, la percepción de la singularidad que trae al mundo cada alumna y cada alumno que están en el aula. Como señalé anteriormente, lo nuevo que trae cada criatura al mundo es una apertura al misterio. Una nueva aurora cada mañana, una nueva posibilidad de saber. Esta percepción de la singularidad, este tener en cuenta lo nuevo que lleva consigo cada criatura, hace posible la “relación sin fin”. Una relación que no tiene ningún objetivo instrumental, una relación que da placer en sí misma, una relación en la que, en definitiva, podemos encontrar el significado de nuestra existencia, un sentido de la realidad que nos permita vivir. Cuando llevamos la relación sin fin a la educación, haciéndonos mediación viviente, se abre un nuevo orden de relaciones educativas en las que el amor y la palabra vuelven a ocupar su lugar privilegiado que había sido arrebatado por el conocimiento masculino académico.

En segundo lugar, educar en relación significa estar abierta a lo otro. Esta capacidad es propia de las mujeres pues, como dice María-Milagros Rivera, tenemos en

---

<sup>8</sup> Los puntos que me propongo explicar a continuación pertenecen a su obra *El amor es el signo*.

nuestro cuerpo la capacidad de ser dos. Siempre estamos abiertas a lo otro, es una posibilidad constitutiva de nuestro ser. Estar en el aula en femenino significa estar abierta a lo otro que trae cada alumna y cada alumno, ese otro que puede modificar el contexto, el conocimiento, la relación. Es una apertura que permite el surgimiento de lo nuevo, que permite la plasticidad del pensamiento, el movimiento del saber que va de la mano con el movimiento de la vida. Si no hay apertura a lo otro, a lo imposible de lo real, si no tiene lugar la contingencia de Dios, la educación se convierte en una trasmisión inamovible de conocimientos. Nada cambia, todo sigue igual, el sentido de la vida se pierde. Esta apertura que tiene lugar cada mañana con el surgimiento de la aurora permite un pensamiento que va más allá de los límites establecidos por la historicidad. Permite, lo que Luisa Muraro ha llamado el “pensamiento de lo otro” (Muraro, 2006). Este pensamiento es el que encontramos cuando leemos teología en lengua materna, un pensamiento cuyos contenidos son aquellos que demanda el contexto. La mediación viviente permite este pensar según las posibilidades del contexto. Y es aquí donde nos encontramos las profesoras, en esta “búsqueda de palabras para significar una experiencia de ser y del ser en relación con lo otro, experiencia de un amar y un conocer que no tiene su fin en un objetivo definido” (Muraro, 2006, 125). Esta práctica de la educación no se encierra en contenidos establecidos por currículos oficiales, es una práctica que parte de mí como profesora, pero también de cada alumna y alumno que están en el aula. Parte de su ser, de sus inquietudes, de sus preguntas y también de sus respuestas. Parte de lo que les es propio, de lo otro y lo nuevo que forman parte de su esencia, parte de la relación que les constituye y me constituye a mí: la relación con la madre. Es una práctica que tiene en cuenta el contexto, que modifica contenidos, que deja surgir lo inestable, que no se cierra al misterio, sino que lo abraza. Una práctica que permite el autoconocimiento, que guía la búsqueda del sentido de nuestra existencia, no da respuestas, indica el camino. En definitiva, una práctica que permite el surgimiento de la magia en la enseñanza de la filosofía.

Finalmente, la educación en relación tiene en cuenta el Amor. La madre es la primera maestra en el amor, nos enseña a amar en relación con ella. Al colocarnos en el aula desde nuestro ser mujer, estando presentes en femenino, llevamos el amor con nosotras. Amamos la singularidad y lo otro, estamos abiertas a que lo nuevo nos toque, nos transforme. Esta actitud permite una forma diferente de estar en el aula, una forma que tiene en cuenta la diferencia sexual femenina. Tener en cuenta el amor es situarse en

el origen, en el nacimiento, en la aurora, pues, no hay mayor acto de amor que traer una criatura al mundo. Partiendo del amor vinculamos nuestra existencia con lo otro, con el más, con lo imposible, lo nuevo que surge cada mañana con la primera luz de la aurora. Desde aquí somos capaces de acoger el misterio, haciendo que éste forme parte de nuestra existencia, permitiéndonos entenderla mejor, encontrar respuestas que no encontramos en los manuales de filosofía.

#### **4.4. Mística de lo cotidiano: filosofía de lo cotidiano**

Una de las cosas que más me sorprendió y llamó la atención cuando empecé a estudiar sobre mística fue esta idea de Antonietta Potente de la “mística de lo cotidiano”. Entendía la mística como algo lejano, complejo, que no me tocaba y nunca podría hacerlo. Yo había estudiado filosofía, me gustaba la objetividad, los conceptos bien definidos y los sistemas claros. Así que la mística era algo sin sentido para mí, un abstracto que no alcanzaba a comprender. Pero, a pesar de todo lo que había estudiado, entendía que la filosofía era algo que debía vivir en lo cotidiano. Era una intuición, una idea que me daba placer, con la que me sentía cómoda, cerca de mi ser. Por eso, cuando leí por primera vez “mística de lo cotidiano” me cautivó. Si la mística tenía lugar en la vida, en su cotidianeidad, quizá sí podría tener algo que ver conmigo, quizá sí podría tocarme.

Antonietta Potente dice que la mística nos abre la puerta de lo cotidiano como un espacio privilegiado del ser, un espacio que también es público por la semejanza en la cotidianeidad de nuestras vidas (Potente, 2018). ¿Qué mayor espacio de lo cotidiano que un instituto? Si la mística tiene lugar en lo cotidiano, las escuelas, los institutos, aparecen como sus lugares privilegiados. Más aún, la mística es un camino de autoconocimiento, un sendero que nos permite conocer el sentido de nuestra existencia. La adolescencia es la época de las preguntas, de la búsqueda de sentido de la realidad y de una misma. Son estos años en los cuales comenzamos a preguntarnos por nuestro ser, el significado de nuestra vida, quienes somos, quiénes queremos ser. Así pues ¿qué debía hacer yo como profesora? Abrir un espacio al misterio, permitir que lo imposible de lo real pueda surgir en mis clases de filosofía, abrirme a lo otro, lo inesperado, comenzar un sendero de amor para que mis alumnas y mis alumnos puedan recorrerlo.

Introduciendo el misterio en el aula, dejándolo ser, junto a nosotras, tiene lugar un proceso de transformación, comenzamos a relacionarnos con nosotras mismas y con la

realidad desde otro lugar, el lugar de la diferencia femenina. La mística es una práctica, un estar en el mundo reconociendo su misterio, una práctica que se va creando a cada paso que damos en el camino de transformación que le es propio. Antonietta Potente habla de estas prácticas en su obra *Como el pez que está en el mar* señalando, en primer lugar, que los caminos de transformación que abre la mística comienzan cada vez que alguien se enamora (Potente, 2018). Es decir, el Amor se encuentra al principio, en el origen del saber y de la existencia. La madre que da a luz, que se enamora de su criatura antes de haberla visto; la aurora que nos hace amar su belleza al despertar. Para que la educación transforme la realidad y a las mujeres y hombres que en ella estamos tiene que partir del amor. El amor que yo siento por mi profesión y por la materia que imparto, tengo que llevar ese amor al aula conmigo cada vez que entro y dejarlo circular. No puedo obligar a nadie a amar mi materia, ni a mí, lo único que puedo hacer es llevar el amor conmigo y, quizá, con suerte, alguna alumna o algún alumno puedan encontrarlo en sí mismos. Este, es el segundo punto que señala Antonietta Potente, el camino iniciático de la mística nace desde dentro (Potente, 2018). Hay que buscar en nuestro interior el amor que la relación materna nos dejó, forma parte de nuestro ser desde que nacemos. Tenemos que conocerlo y reconocerlo para empezar a andar. Esta no es una tarea fácil, está enterrado bajo todo un sistema de simbólico masculino que desprecia el amor mientras adora la fuerza y el poder. En esta búsqueda es imprescindible una maestra, una guía, como señala Antonietta Potente en su tercer punto. En el camino de transformación de la mística necesitamos de una maestra que actúe como guía, que se haga mediación viviente entre la realidad y el alumnado, permitiéndoles reencontrarse con su origen, con esa parte de su ser que les había sido negada, con el amor y la apertura a lo otro que su madre les ha dado al nacer. La maestra señala el camino, ayuda en su búsqueda, recoge cuando te tropiezas, pero no impone, no da respuestas definitivas, no ejerce poder. Acompaña.

Así pues, la mística, entendida desde la diferencia sexual femenina “es <<una posibilidad real de la vida de cada persona>>, que se realiza como forma de vida” (Potente, 2018, 36). La mística es un camino, un camino de transformación que busca llegar a la raíz de la vida, a su origen. El camino de la mística tiene su origen y su llegada en la aurora, el nacimiento de la luz, de cada criatura que viene al mundo en el amor de una mujer. Este viaje interior, surge en las entrañas y nos lleva fuera, a la vida, que tiene lugar en las entrañas. Es un salir para volver a entrar. Salir de nosotras mismas para volver al origen donde volvemos a encontrarnos pues, como sabemos, en el origen siempre hay

una mujer, como decía Luce Irigaray: *En el principio era ella*. Este movimiento, de ida y vuelta, un movimiento en espiral, pues nunca sabemos bien cuando estamos fuera y cuando estamos dentro, en el que los límites se desdibujan se ve reflejado en la célebre frase de Teresa de Ávila: “vivo sin vivir en mí”. El camino que dibuja la mística, el camino que surge con la primera luz de la aurora, nos invita a salir de nosotras mismas para vivir dentro de la Vida donde ésta tiene su sentir originario (Potente, 2018). El lugar de la vida, el lugar del sentir originario es también la aurora, punto de partida y de llegada, donde la vida comienza y acaba, para seguir naciendo.

## 5. Bibliografía

IRIGARAY, L. (2016). *En el principio era ella. Un retorno al origen griego arcaico de nuestra cultura*. Barcelona: Ediciones la Llave

MARIAUX, V. (1994). Tener presente a la madre. *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, 7, 145-156

MURARO, L. (2006). *El Dios de las mujeres*. Madrid: horas y HORAS

PORETE, M. (2015). *El espejo de las almas simples*. Madrid: Siruela

POTENTE, A. (2016). *Vestir al desnudo*. Madrid: San Pablo

POTENTE, A. (2018). *Es vida y es religiosa*. Madrid: Paulinas

POTENTE, A. (2018). *Como el pez que está en el mar*. Madrid: Paulinas

POTENTE, A. (2022). Haber sido visitada. Amistades intraculturales. *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, 63, 120-130

POTENTE, A. (2022). Mi almacorporal es como una cierva que tiene sed. *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, 62, 66-73

POTENTE, A. (2023). El tejido sagrado: amistades visibles e invisibles. *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, 64, 76-86

PRAETORIUS, I. (2002). La filosofía del saber estar ahí. Para una política de lo simbólico. *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, 23, 99-110

RIVERA GARRETAS, M.M. (2012). *El amor es el signo. Educar como educan las madres*. Madrid: Sabina

RIVERA GARRETAS, M.M. (2020). *El placer femenino es clitórico*. Madrid: Edición independiente

SARTORI, D. (2002). Un vínculo sin legado. *DUODA Revista d'Estudis Feministes*, 22, 57-72

WEIL, S. (2023). *El amor*. Madrid: Hermida Editores

ZAMBRANO, M. (2019). *Claros del bosque*. Madrid: Alianza

ZAMBRANO, M. (2021). *De la aurora*. Madrid: Alianza

ZAMBRANO, M. (1945). Eloísa o la existencia de la mujer. *Anthropos/Suplementos* (1987), 77-87